

DULCE FINAL



**Los Reinos de Aslogh pueden ser felices
O al menos acabar bien, como este relato**

**El amor de madre
de hermano
y por el amor a la gente que te rodea**

Estate siempre a mi lado



Los recuerdos le golpeaban la mente, igual que aquella criatura le golpeaba el cuerpo contra la nieve y después le lanzaba contra una piedra. La sangre le brotaba por cabello largo y azul. Aquella dracónica estaba en las últimas, no podía aguantar muchos más golpes como aquel.

Una imagen de su hijo muerto, por culpa de un derrumbamiento, se le vino a la mente. Un troll se aproxima a la dragonida y le golpea con una porra de madera maciza.

La dracónica se pone en pie recordando lo que hacía allí, en las Montañas Troll. Otro golpe le dio en el costado haciendo que sacase un grito aterrador del fondo de sus pulmones.

Otro recuerdo se le vino a la mente, pero un troll le agarra y le pone a la altura de su boca sonriendo con sus enormes dientes afilados y amarillos. El recuerdo se le esfuma de la mente por la peste que suelta su putrefacción boca.

Ella sonríe y agarra con fuerza su bastón. Al poco lo suelta haciendo que cayera contra el suelo.

— Te diviertes, ¿verdad? Sabes que esto es lo que quería. He conseguido que me matéis por fin ¿Quién sino pisa estas montañas? — la voz de la dragonida salía suave pero forzada. Otro troll se acerca y agarra a la chica por sus alas y el otro tira de sus piernas hacia atrás para arrancarlas. Antes de morir recuerda que hacia allí y lo dice en alto —Mi hijo murió por mi culpa.

Los trolls arrancan sus extremidades de un tirón sin dejar siquiera que pudiera gritar de dolor. Uno de ellos empieza a simular que son sus alas y se la pone en la espalda como si fuese un dracónico y se pone a correr por la nieve agitando sus pequeñas alas, el otro, usó las piernas flácidas para sacarse algo que tenía entre los dientes. La felicidad se agolpaba en aquella montaña fría y helada.



Aquel viaje le estaba costando la vida, tal y como deseaba ella. Nunca antes se había alejado tanto, ni de su pueblo, ni mucho menos de su es-

píritu y de su alma. Ya no se sentía ella, ni siquiera podía comunicarse con la mente con todos aquellos animales que aparecían a su alrededor. A ninguno podía contarle que es lo que había pasado, así que lo contaba en alto una y otra vez.

— Mi hijo murió por aquel derrumbamiento... yo asesiné a mi hermano por aquello — aquella frase se repetía una y otra vez por todo el bosque. Su cara cambió de golpe y su cuerpo se paralizó unos instantes, su alma estaba intentando comunicarle algo, pero unos arguillos le cortaron la comunicación. Era raro ver a aquellos animales por la zona. Su hermosura natural hizo que se olvidase de su vida por unos segundos. Aquellas bestias con alas de colores, un pico largo y huesudo, su cuerpo tan grande como el de un elefante y sus patas huesudas daba una sensación de vida y de muerte. Nunca harían nada malo y se acercaron a la dracónica para dejarse acariciar mientras emitían sonidos guturales. Ella sonrió y miró el cielo con lágrimas en los ojos.

— Estas bestias son preciosas, a mi hijo le habría encantado verlas en persona — sus lágrimas cayeron en sus pies descalzos — Cuando llegue al Ñokity se lo contaré, seguro que no se lo cree.



El agua estaba congelada, incluso para ella que con sus escamas podía soportar perfectamente cualquier tipo de frío. Si tenía frío solamente podía significar una cosa: se iba a desposeer de todo lo que tenía.

Ya no tenía nada, o eso repetía su cabeza a cada segundo, solamente le quedaba su alma y espíritu, lo más importante de la vida de una dracónica. Sin ellos no podían usar sus alas, ni tampoco sus poderes vitales, sería una mortal más, como tantas y tantas.

El agua helada le llegaba a la cintura y aquel frío le hizo recordar el frío acero con el que cortó el cuello a su hermano. El agua empezó a subir hacia el cielo, era una especie de lluvia pero al contrario, las gotas iban de abajo hacia arriba. El viento tocaba todas las escamas de la dracónica y pudo sentir que no era ella. Sintió también algo que no sabía que era, algo que tenía dentro y no podía ver, ni sentir, ni tampoco escuchar.

La lluvia invertida cayó de golpe contra ella salpicando todo el lago. Ya

podía ser libre de ataduras y morir tranquila. Iba a verse con su hijo de nuevo.

IV

— ¿Qué dices? ¿Sabes lo que estás pidiendo? — la champi se quedó mirando con sus ojos morados a los ojos de su amiga dracóninca — Eso significa morir.

— Lo sé, por eso quiero que me digas cómo encontrar el Lago Destino. Necesito perder mi alma y mi espíritu — respondió con gesto serio, pero con una sonrisa en la boca, pues hacía mucho que no veía a su amiga.

— No puede ser... ¿Qué ha pasado, cariño?

— Mate a mi hermano... Aun... Aun noto su sangre brotando en mis manos — se quedó mirando sus manos durante unos segundos — Además, mi hijo murió por mi culpa. Un derrumbamiento en el pueblo.

— No puede ser... llevamos tanto tiempo sin vernos, sin darnos un abrazo o tomar un té y vienes de pronto a que te ayude a morir... No me hagas esto, Xi.. — antes de que pudiera acabar la frase la dracónica le puso su dedo escamoso sobre amplios labios.

— No lo hagas por mí. Hazlo por mi hijo. Es la única manera de vernos de nuevo y poder estar con él. Me siento tan culpable de todo que quiero estar con él. Cerca. — su dedo se deslizó por los labios de su amiga y le forzó una sonrisa haciendo estirar sus dedos por la comisura de sus labios — Si pierdo el alma y el espíritu perderé mi magia y ya seré mortal. Como tú.

— ¿Y después qué harás? ¿Te vas a suicidar? — la champi se puso a dar vueltas por su cabaña con los brazos en alto agitando todo su cuerpo blanquecino.

— No, iré a la Montaña Troll. Ellos lo harán por mí.

La champi se paró de pronto en medio de la cabaña y miró a su amiga a los ojos. La intensidad de los ojos de la draconina brillaba, se podía ver en su mirada que esa era su meta. Aunque fuese su última.

— Vale, te lo diré. Pero antes, ¿me das un abrazo? — las dos amigas se enfrascaron en un abrazo eterno con muchas lágrimas de por medio.



El suelo estaba lleno de sangre de dragón. En sus manos tenía la cabeza de su hermano. A su lado un puñal de piedra calafate. No podía creer lo que había pasado, ¿qué ha pasado? Un grito de dolor salió de lo más profundo de su ser. Soltó a su hermano contra el suelo rojo y el golpe en seco sonó como un derrumbamiento de piedras en un bosque solitario, ¿por eso estaba aquí? Sí, ella fue a ver a su hermano por la muerte de su hijo. Tenía que hablar con él sobre la muerte de su querido hijo. La tristeza inundó su corazón. Cogió el puñal con las dos manos y se lo acercó a uno de sus tres corazones. Con asestar un golpe certero en uno podría poner fin a esta espiral de muertes y asesinatos. Las manos le temblaban a cada centímetro que acercaba la punta a su corazón. Antes de llegar a tocar su piel soltó el arma y se puso a llorar en el suelo, acariciando la cabeza de su hermano muerto. ¿Tenía la culpa de algo su hermano? Ahora eso le daba igual, ya sabía que debía hacer. Iría a la Montaña Troll, pero antes debía hacerse mortal y solamente su gran amiga Medusa sabría como hacerlo. Agarró el puñal y salió de la cabaña a un paso rápido.



— ¿Qué me has hecho? — la dracónica se abalanzó contra su hermano tirándole al suelo. El báculo que soportaba el hermano en su mano salió volando por la sala hasta quedar debajo de una mesa de acero al lado de la cama.

— Debes olvidar todo, hermana — los recuerdos estaban nublados en su mente. No sabía lo que sentía, solamente la rabia y la violencia eran una fuente de energía para ella en estos precisos momentos. La dracónica agarró su puñal y lo sostuvo a la altura del cuello de su hermano.

— ¿Qué me has hecho, Saul? — la pregunta ahora iba con sollozos incluidos — Dímelo, no quiero matarte. ¿Por qué me lanzaste un conjuro? ¿Te he hecho algo malo? Yo solo vine a contarte que mi hijo murió por

un derrumbamiento y tú...— las palabras se trabaron en su garganta entre moco y saliva — ¿Tanto odiabas a Gigiop? ¿Tanta envidia le tenías al perderme? Tenía que cuidar de él, era muy pequeño y me necesitaba. La garra temblorosa de Saul se puso en la cara pegajosa de su hermana, llena de mocos y lágrimas.

— Te quiero — unas palabras irreconocibles salieron de poco de su boca. Una sonrisa iluminó su cara — Esto lo hago por ti y tu hijo. Una luz de colores fucsia salió de su garra y chocó contra la cara de su hermana. El puñal cortó el cuello del draconino dejándolo muerto entre sus brazos.

VI

— No puedo más, Saul. Mi hijo... — un golpe en la mesa y un llanto terminó la frase que fue incapaz de acabar. Su hermano se acercó y le puso la mano en el hombro en señal de acompañamiento — Él no merecía todo eso. No hizo nada malo, solamente...

— Debes de olvidar todo esto. Te estás martirizando demasiado. Déjalo ir, no fue tu culpa. Ni la de nadie.

La cola de la dracónica se encogió sobre sí misma dando lugar a que su hermano tenía razón.

— ¿Qué quieres hacer? — preguntó su hermano con miedo, ya que pudo observar lo machacada que estaba su hermana. Las escamas azules que tanto brillaban hace tiempo ahora son grises y sin destellos. Su cola casi siempre estaba caída y sus ojos cansados. Tenía miedo a la respuesta.

— Quiero estar con él. Iré a la Montaña Troll a sacrificarme. No me queda otra opción — aquella respuesta provocó un silencio sepulcral en la cabaña. La dracónica no paraba de mirar el suelo y él se tuvo que contener las lágrimas y el llanto que tantas ganas tenía de expulsar.

— Sabes que los trolls no son bestias que solo quieren matar. Te matarán solamente si deseas morir de verdad. Deberás estar desligada de todo... familia, alma... y tú y yo estamos ligadas. Los trolls solamente quieren divertirse y ayudar a las demás a morir, por eso existen y por eso existirán. Puede que no te maten — las cabezas de las dos dracónicas se chocaron y respiraron juntas unos segundos — Solo hay una ma-

nera para que vuelvas a ver a tu hijo. Debes olvidar todo — la garra de Saul agarró con fuerza la cara de su hermana y un estallido de luz deslumbró la cabaña.

VII

Corrió y no paró de correr hasta que llegó a la cabaña donde vivía Saul, su único hermano. Él siempre le había cuidado y siempre se habían querido mucho, habían crecido juntas, incluso, se dedicaron al tema de la magia a la vez, eran inseparables, o al menos lo fueron hasta el nacimiento de su hijo.

Golpeó con fuerza, más de la que quería, la puerta varias veces. Saul abrió rápido la puerta y abrazó a su hermana desconsolada.

— Me acabo de enterar, ¿estás bien? — preguntó Saul, a lo que su hermana fue incapaz de responder. Se quedó callada y se desmayó cayendo de golpe al suelo.

Cada pocos días iba a buscar a su hermano, pero jamás pudo contarle bien lo que había pasado. Siempre que iba se quedaba llorando y recordando buenos tiempos, o bien hablando de su hijo ya muerto. Un día le contó con todo detalle qué pasó y el hermano con la cara seria solamente pudo decir una frase corta y concisa:

— Debes olvidar, Xonix.

VIII

— ¿He hecho algo malo, mamá? — dijo la cabeza sangrante de su hijo en cuanto vio que ella se acercaba corriendo después de haberlo asesinado.

— No, cariño, es todo culpa mía. Debí cuidarte mejor. Lo siento mucho.

— ¿Voy a morir?

— No, no, deja que te cure — la madre pudo ver cómo el cuerpo de su hijo estaba envuelto en llamas negras y cada extremidad estaba en un lugar diferente, solo podía coger su cabeza entre sus brazos.

— Gracias por todo, mamá. Te amo.

La cabeza empezó a quemarse con aquellas llamas negras y desapare-

ció entre sus garras. Xinox rugió de rabia y salió corriendo del lugar sin mirar atrás y apartando a todas las que intentaban consolarla sobre lo ocurrido.

IX

El pueblo de Hieke estaba siendo destruido por un dragón gigante y huesudo. No tenía nada de piel, era una maldición más que un dragón. Apareció de la nada. Un dracónico se convirtió en aquella criatura sin tener ningún sentido. ¿Por qué? Eso daba igual en estos momentos ya que todas atacaban al dragón, aunque no conseguían darle. Xonix se ponía en medio de los ataques de sus ciudadanos dracónicos mientras gritaba entre llantos:

— Es mi hijo, por favor, dejadle en paz — nadie le hacía caso, pues aquel dragón estaba descontrolado y atacaba a todo lo que veía sin miramientos.

Xonix se puso de rodillas frente a la enorme mirada de su hijo y empezó a rezar. El dragón lanzó un zarpazo rápido contra ella, pero una dracónica le salvó saltando sobre ella y rodando por el suelo.

— Para ya, joder. ¿No ves que no es tu hijo ya? Es una bestia — no dejó contestar a la madre — Estas cosas pasan pocas veces, lo sabemos, pero no es momento de buscar lógica. Hay que matarle.

— No lo mateis, lo haré yo. Es mi hijo y yo lo mataré — Xonix se levantó y limpió su bonita falda con un par de sacudidas para quitarse el polvo del suelo. Se puso frente al dragón y se miraron a los ojos. Ella podía ver que su hijo seguía allí dentro, tan dentro que ya estaba perdido en la maldición.

Lanzó un conjuro para atrapar sus piernas huesudas y con su bastón lanzó unos rayos púrpuras contra la cabeza de su hijo maldito. Este cayó de bruces sin poder moverse y Xinox se acercó a su ojo izquierdo y levantó una lanza de acero para clavarsela.

— Te quiero mucho, hijo. Sé que estás ahí dentro, pero no hay otra manera — la lanza atravesó el ojo y este empezó a gritar y agitarse sin poder moverse por estar atado al suelo por aquel conjuro de cadenas. Lanzó otro conjuro dentro del ojo que hizo que la cabeza del dragón

explotara en cientos de pedazos. Ahora podía ver a su hijo, o al menos parte de él.

X

Xinox y Gigiop surcaban los cielos por encima de aquel bosque tan verde. Les encantaba jugar a las carreras en el cielo, siempre ganaba Xinox ya que tenía mucha más experiencia volando, pero casi siempre se dejaba ganar para darle una alegría a su hijo.

Cuando acabaron la carrera se sentaron en la copa de un árbol. Xinox se secó el sudor y puso el brazo por encima de la cabeza de su hijo acariciando con delicadeza entre sus orejas puntiagudas.

— Esta vez casi me ganas — dijo Xinox mientras su hijo estaba absorto en el paisaje del fondo — ¿Qué miras tanto, hijo?

— ¿Me vas a querer siempre, mamá? — aquella pregunta sorprendió a la madre haciendo que su cola se agitase con rapidez. Antes de contestar siguió hablando el hijo sin dejar de mirar el paisaje de las Montañas Troll — Si es que me quieres no me lo digas, solamente quédate conmigo para siempre.

